

# «ES INDISPENSABLE QUE EL FUTURO ESTE CONCEBIDO PARA TODOS LOS ESPAÑOLES»

**(para que sea pacífico, próspero y responda a los deseos de todos)**

MADRID. (De nuestra Redacción.)—«La palabra democracia es considerada casi como una palabra mágica, suficiente por sí misma para resolver todos los problemas que nuestro pueblo tiene planteados en esta encrucijada de nuestra Historia», afirma el cardenal Tarancón en la primera de una nueva serie de «Cartas cristianas» que con el título «Un futuro de todos y para todos» publica «Iglesia en Madrid».

## Solución con palabras sonoras

Los mismos que antes recelaban de la palabra y de la realidad que entraña, parecen convencidos ahora —aunque algunos de ellos prefieren calificarla con apellidos— de que en ella está el porvenir económico, cultural y social de nuestra Patria.

Interesante, al parecer, es que sea como sea se implante pronto la democracia, como si todo lo demás se nos tuviese que dar por añadidura, por la fuerza interna de esa palabra o de la realidad social que significa.

Me da la impresión de que una vez más buscamos la solución de los problemas reales con palabras o frases más o menos sonoras, o con estructuras sociales distintas, como si fuese suficiente la sonoridad de unas palabras o el cambio de unas estructuras económicas o

sociales para que se solucionen los problemas que plantean definitivamente las personas: su mentalidad, su psicología, sus posturas.

Yo diría que para asegurar un futuro pacífico, próspero, que responda a los deseos y las esperanzas del gran pueblo español, es indispensable que ese futuro esté preparado por todos los españoles y esté concebido y realizado en servicio de todos los españoles.

## Actuaciones políticas

Porque me da la impresión de que con esa palabra —democracia— son bastantes los que intentan hacer prevalecer su postura, sus criterios, su autoridad, sin que tengan en cuenta que sin el reconocimiento

verdadero de los derechos de las "minorías" y aun de los individuos —mientras no choquen o entorpezcan los derechos de los demás y los intereses comunes— no es posible una convivencia pacífica y liberadora que satisfaga los deseos de las personas y, al fin y al cabo, es en beneficio de las personas como deben concebirse la ordenación social y el mismo orden público. O se concibe así la democracia o caeríamos otra vez en los mismos escollos que han hecho difícil —y no pocas veces imposible— la convivencia pacífica de todos los españoles.

Esto parece claro en teoría, y estoy convencido de que la inmensa mayoría de nuestros "políticos" lo aceptarán de buen grado. Todos dirán, además, que esto es lo que pretenden con sus actuaciones políticas o con las organizaciones de las que forman parte.

Pero he de confesar —quizá mi larga experiencia me haga ser desconfiado en demasía— que ante lo que estoy viendo todos los días, ante las posturas que van tomando los distintos partidos políticos —la misma existencia de tantos parti-

dos en estos momentos de transición es ya sospechosa— ante la superabundancia de información política en los medios de comunicación social, no siempre constructiva; ante los temas más bien "revanchistas" que se levantan como banderas y que pueden herir la conciencia de muchos, no es ese afán de integración el que se manifiesta.

Y tengo miedo, como espaf y como obispo que he de fomentar la unidad de este pueblo maravilloso, aunque tenga defectos notables, de que no se consiga esa integración en la gran unidad nacional que al parecer todos deseamos.

Mientras, creo al propio tiempo que es ahora, por una serie de circunstancias, cuando quizá por primera vez en la historia podamos conseguir esa España de todos y para todos.

No puedo entrar —ni debo— en concreciones políticas que no son de mi incumbencia. Me creo en el deber, sin embargo, de llamar la atención de todos los cristianos y de todos los españoles sobre la responsabilidad singularísima que todos tenemos en estos momentos trascendentales.»